

rrida en el Instituto Pasteur con cierto poeta muy desfalleciente y muy borracho?

—No, no la conozco —respondo.

—Pues, ¡qué se yo!, la anécdota presenta cierta concomitancia con el experimento anterior y sugiere la idea de que algunas consecuencias obtenidas no son tan definitivas. El poeta agarraba muy amenudo tremendas borracheras con ajeno. Un amigo del poeta, empleado en el Instituto Pasteur, para demostrar los terribles efectos del ajeno, invitó al poeta a presenciar lo que le ocurría a un conejillo de Indias, si se le inyectaba una fuerte dosis de Pernod. Fueron los dos amigos al Instituto; se escogió el cobaya más pimpante; se le inyectaron unos cuantos centímetros cúbicos de ajeno. El conejo empezó a temblar; no podía sostenerse sobre las patas; le agitaban fuertísimas convulsiones; no podía respirar. A los pocos minutos, después de un espasmo, quedó rígido, muerto. El poeta había seguido con curiosidad los efectos de aquel veneno terrible.

—¿Ves, ves, lo que le ha ocurrido a este pobre animal? —preguntó el amigo.

—Sí, sí. ¡Es terrible, terrible, terrible!

—Pues bien, ¿esto que has presenciado, qué demuestra?

—Demuestra clarísimamente que el ajeno no sirve para los conejos de Indias —respondió el poeta.